

AGUSTÍN NAVARRETE

HORAS DE OCIO

I SERIE

SUMARIO

Carta al Editor.—Semblanza.
—El Presidio.—¡Pero qué nombres!—El Museo.—El hombre-Biblia.—¡Siempre lindas!—El pasaporte.

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

LIBRERÍA MODERNA DE ANTONIO FONT

1897

CARTA AL EDITOR



Señor don Antonio Font.

APRECIABLE AMIGO:

Terminadas *Horas de Ocio*, de cuya edición me ofreció encargarse, le envío los originales para que dé principio á la labor, cuando usted guste.

Ya antes, para que usted no se llamara á engaño, le dije con toda franqueza que en mi libro no encontraría bellezas de estilo ni chispazos de ingenio. Queden tan bellas facultades para Eduardo del

Palacio, Bonafoux, Cortón, Corzuelo y otros á quienes la naturaleza dotó del *quid divinum* que ha negado á este pobre pinche en la cocina del buen gusto literario.

Esto quiere decirle que no espero aplausos, ni los solicito tampoco de la crítica, quién en esas páginas desaliñadas é incoloras, tiene mucho donde clavar su diente. Y no crea que ésto me asusta: en los diez ú once años que vengo escribiendo á diario para el público, así en la prensa cubana y portorriqueña, como en la española, he profesado siempre profundo respeto á la crítica, porque creo que todo cuanto se publica en letras de molde cae bajo la sanción pública, que usa de un perfecto derecho aceptándolo como bueno ó repudiándolo como malo.

Al hablar de la crítica, me refiero á la verdadera crítica: séria, imparcial, teniendo por finalidad el buen gusto artistico. La apasionada que prodiga lo mismo el elogio que la censura, sin otro objeto que halagar ó mortificar al autor, no puede ni debe dársele el nombre de crítica. La primera aunque no elogie debe atenderse, porque enseña y corrije: la segunda ó se agradece al amigo su buen deseo ó se desprecia como un libelo estúpido.

Cuanto á la recomendación que me hiciera de que buscasse un amigo literato que me confeccionara el prólogo, ni puedo ni quiero complacerle, porque jamás me han gustado los prólogos. ¿Qué es el prólogo? Una tiranía, una imposición al lector á quién se le

obliga á pasar por el criterio del prologuista, amigo más ó menos íntimo del autor, y que, como es natural, lo que hace es tributar alabanzas al libro. Y ¿qué busca el escritor que pide un prólogo para su obra? La limosna de un elogio, un aplauso anticipado, un bombo que quizás no merezca. Pedir un prólogo, seméjase á preparar la *claque* de un teatro para el estreno de un drama ó comedia que no inspira confianza al empresario. ¡Guárdeme Dios de caer en semejantes vanidades que resultan pueriles y tontas!

¿Le parecería á usted cuerdo que un prologista me llamara, por ejemplo, astro de la literatura? ¿No sería ésto ponerme en ridículo de un modo indecente? Y viendo el asunto por otro lado: ¿qué

saca el público ó gano yo, conque otro me denomine discípulo de Larra y compañero de Taboada? ¿Qué si se empeña, por el contrario, en afirmar que no pertenezco á escuela alguna conocida, sino que soy ejemplar único de un género nuevo?

—Y á mí ¿qué me cuenta usted? le dirá el lector.

Eso de que el prologuista piense por uno, opine por uno y forme juicio por uno, es dar las cosas tan mascadas y diluidas que pierden el gusto y no aprovechan. Si el lector es hombre de criterio, ya formará del libro y de quién lo escribió, el concepto que merezcan, y si es de los que leen sin entender lo que leen, igual le pasará con el prólogo que con el texto.

Por eso quiero que salga mi librito, solo, como ánima en pena, sin introductor de embajadores que lo presente ni maestro de ceremonias que le abra puertas.

Dándole á usted las gracias por sus atenciones, me suscribo su atento amigo y seguro servidor,

Agustín Navarrete

SEMBLAZA



II

Es un Alcibiades para eso de amoldarse al medio en que se encuentra.

¿Se habla de cosas serias y trascendentales?—Discurre con gravedad y calma.—Su palabra es armoniosa, suave, digna.—Entonces luce sin ostentación ni jactancia su positivo saber.

Es apasionado por las ciencias antropológicas y sociales.—No gusta de sutilezas metafísicas ni de divagaciones filosóficas doctrinarias.—El dogmatismo le subleva.

En arte se inclina por temperamento, más al naturalismo que al idealismo, pero siempre como

buen artista de educado gusto, admira la belleza cualquiera que sea su manifestación.

III

¿Se discute con calor?—Su memoria y su inteligencia le suministran todo un arsenal. Libros, documentos, hechos, cifras, nombres, etc., le sirven de base; generaliza con admirable lógica y los principios que sienta y las conclusiones que deriva, dejan casi siempre vencido y apabullado al contrincante.

IV

Cuando en reuniones de amigos, en el campo de la charla franca y

regocijada, Navarrete da rienda suelta á su humor, es el rey de la tertulia.—Entonces todo él parece un manojo de nervios; habla con todo el cuerpo; sus ojos dicen más que sus labios.—Sus picantes cuentos y anécdotas se me figuran representaciones originalísimas de las historias de Pons, el famoso caricaturista español, y como son realmente habladas y realmente animadas, ganan un ciento por ciento en chiste y regocijo.

V

No quiero decir nada de «Horas de ocio» porque daría á esta semblanza algún saborcillo á prólogo y Navarrete está á matar con los prólogos.

¿No quieres caldo? Tres tazas

podría yo decirle enjaretando, involucrando con esta semblanza, un prologazo á su amenísimo é interesante libro; pero faltaría en el Arte, al derecho de gentes, que predica la no intervención-aunque sea bien intencionada-en el terreno literario ageno.

VI

Señas personales.—Alto, delgado, frente ámplia y despejada que ha extendido sus dominios más allá de la línea en que empieza el cuero cabelludo, nariz un si es ó no es prominente, ojos muy brilladores al través de los espejuelos, labios finos, algo enjuto de rostro, buena barba, el señor Navarrete resulta naturalmente simpático y convida á trabar amis-

*tad, cuyos lazos se estrechan más
y más con el trato franco, discre-
to y noble del autor de HORAS DE
OCIO.*

El editor.

EL PRESIDIO



—Mire usted la isla de San Lucas, me dijo el piloto del vaporcito *Doctor Castro*, cuando al buen andar de su máquina vertical remontábamos el golfo de Nicoya.

¡El presidio!

Al ver aquella isla como esmeralda flotando en ondas de turquesas, amargas memorias invadieron mi alma. Allí pensé, hay

seres que sufren; quienes culpables, quienes inocentes tal vez. Me pareció escuchar, flotando sobre las azules olas que la ciñen, y perderse entre los bosques de las orillas del golfo, ayes de dolor, imprecaciones de ira, blasfemias de condenados, suspiros agónicos, hipos de acerbo llanto.

El vaporcito marchaba, azotando impávido con su férrea hélice las tranquilas olas del mar y envolviéndose en las volutas de humo que arrojaba su negra chimenea. Frente á nosotros estaba ya la isla Caballo, y más lejos se veía la de Chira, confundida aún, por la distancia, con las serranías de la Península.



¡San Lucas! ¡ El presidio! Nombre odioso, con sonido de grilletes que se sacuden; con retintín de cadenas que chocan; con crujido de puertas que se cierran y rechinar de cerrojos que se corren. Nombre impuro, con emanaciones de pantano de miserias, con vahos de cloaca humana, con hedores de charca moral.

Entre sus muros se guarda al hombre-fiera, divorciado con la sociedad; al asesino que mata, al ladrón que roba, al violador que estupra á la inocencia. Tigres, lobos y hienas que la ley encierra, pero no corrige, y que ni de escarmiento sirven á los desdichados que se inclinan sobre el abismo

sin fondo de la delincuencia, y el vértigo arrastra.

¡Qué hermosa utopía la de la regeneración de las almas contraechadas por el delito!

No podemos enmendar el borracho alcohólico, y pretendemos hacer bueno al ébrio de sangre!

¡Ah, sueños místicos y filosofías candorosas!

Sí; transformad el organismo del delincuente, equilibrad su cerebro, cambiad el medio social, destruid los efectos morbosos de la herencia, evitad el atavismo y entonces pensad, ¡oh legisladores! en leyes metafísicas tan inútiles hoy como las Pandectas y las Doce tablas.

Queréis prescindir de la materia; negáis la determinativa que el cuerpo ejerce sobre el espíritu

y os aferráis al tradicionalismo filosófico, perdiéndoos en el caos del *yo pensante* y del *ente*, sin recordar el *mens sana in corpore sano*, tan antiguo cómo esas lucubraciones de helenos y latinos.

Veis las evoluciones sociales obedeciendo á las inflexibles leyes de la consecuencia lógica y os cuesta trabajo aceptar las evoluciones orgánico humanas. Lombroso os parece un loco; Ferry un mentecato; Garofalo un simple, y sus discípulos todos unos obcecados con las teorías antropológicas y positivistas.

La justicia histórica sigue en tanto su camino de ciega decrepita, dando palos á diestro y siniestro, hiriendo al criminal y al inocente y dejando á veces á la sociedad, en manos de locos que matan.



Hace cuatro años que sucedió, pero me acuerdo de todos sus detalles: fué un hecho horrible el crimen; fué un escarnio á la sociedad el juicio.

Isidora Gual, muchacha de 16 años, estrangula á su hijo, criatura de cuatro meses, y lo sepulta á la sombra de una palmera. Ni allí encontró reposo aquel ser predestinado al dolor: los cerdos desenterraron su cuerpo y regaron la tierra con sus despojos. El hecho ocurrió en Guayama, pueblo de Puerto Rico; la sociedad no acostumbrada á hechos de tal naturaleza, se conmovió. La voz de ¡una parricida! fué regero de pólvora y las multitudes acudían

á contemplar con estupor de asombro á la asesina de su hijo.

El fiscal de la Audiencia de lo Criminal, de Ponce, poniendo oídos á la voz de la prensa y deseando acertar en el cumplimiento de su difícil misión, dispuso que los médicos forenses hicieran un estudio de la infeliz Isidora; don Jesús Calvo Romeral era un hombre de bien.

Larga fué la labor; á las mediciones craneanas siguieron los informes sobre los antecedentes morbosos de la criminal y de sus ascendientes. La ciencia tomó los datos, los sumó, los justipreció y sacó como consecuencia de seis meses de observación y análisis, que Isidora Gual era loca impulsiva y con fuertes inclinaciones al homicidio.

Hija de padre alcohólico y de madre epiléptica, con un tío en el manicomio y otro perlático, y herida ella en su organismo por la horrible mano de la epilepsia, era un caso, perfectamente definido, de herencia morbosa, transmitida de generación á generación.

Perteneciente á una raza degradada, criada entre las miserias física y moral; llevada, por la concupiscencia brutal del macho, á la vida genésica casi en los albores de la pubertad; debilitada por un parto laborioso y por la mala é insuficiente alimentación; transida de dolor viendo sufrir á su hijo de crueles viruelas, sin poder acallar su llanto ni saciar su hambre, porque sus pechos no daban leche y sometida á la dura labor de cortadora de cañas en un ingenio,

el mal, latente en su organismo, hubo de expandirse y adueñóse de su razón, lanzándola al vértigo del crimen.

—Yo no sé cuando maté á mi hijito, decía llorando á sus jueces.

La opinión facultativa era que Isidora, aunque resultaba semi-responsable criminalmente, debía ser encerrada para siempre en un manicomio como loca peligrosa para la sociedad.

El Presidente de la Sala, don Antonio Mendo Figueroa, enemigo de la ciencia antropológica y atado al carro del psicologismo de Santo Tomás, en vez de escuchar con serenidad de juez el informe de los médicos, trabó discusión con ellos sobre el alma y sus facultades, sobre el libre albedrío y los actos de volición, sos-

teniendo las ya anticuadas teorías de la alienación mental, que establece don Pedro Mata en su Medicina. Para aquel juez ignorante y prevenido, sólo era loco el que hacía contorciones, daba gritos desaforados y se rompía las ropas.

El tribunal condenó á Isidora á catorce años de prisión. Quiso ser severo con la desdichada parricida y resultó cruel con la sociedad á quien debía defender.

¡La justicia histórica es una gran cosa!

Isidora Gual saldrá del presidio á los treinta años de edad y tendrá hijos: éstos serán asesinos, alcohólicos, ladrones, suicidas ó prostitutas.

¡Es la herencia ilota que no se pierde!

*
* *

La isla de San Lucas, moralmente seméjase á un brulote; á una carroña encayada cerca de una tierra feraz y providente. Es el espoliarium al que van los cadáveres de los muertos morales, vencidos en el anfiteatro social. Allí se confunden el asesino y el ladrón, el homicida y el falsificador; desperdicios humanos que es fuerza alejar de los hombres de bien, extraer del seno de las sociedades, para que no hagan el mal, para que no inficionen.

¿Es San Lucas un correccional?

Eso creyeron los antiguos legisladores, cuando modificando el concepto de la pena, quisieron

convertirla de castigo, de venganza social, en medio regenerador de los espíritus extraviados en el laberinto de la criminalidad, en el dédalo de la delincuencia. El presidio, la colonia penitenciaria ni enmiendan ni corrigen; por el contrario atrofian las almas, acanallan los caracteres, endurecen los corazones y convierten al criminal de ocasión, al delincuente pasional en enemigo jurado de la sociedad; pervirtiendo más, si posible es, al criminal nato que en un medio tan adecuado desarrolla vigorosos y potentes sus instintos de fiera, sus inclinaciones espantables. Son campos de cultivo en los que germina lozana la simiente del crimen regada con el contagio del ejemplo. Las colonias peniten-

ciarias de Francia, Inglaterra y España son muestras de la inutilidad de la pena, cuyo verdadero concepto, dentro del positivismo moderno es el de eliminadora.

En San Lucas quedan aún algunos de los individuos de *La cinta negra*, sociedad de criminales que asesinó cobarde y alevosamente al infeliz relojero suizo. ¿Se han enmendado con los años que llevan de presidio? Bedit, el más feroz de aquellos miserables logró escapar de la isla. Cuando lo prendieron en la Villa de Desamparados le encontraron en el bolsillo una navaja sevillana, sumamente afilada y con punta de aguja. De suponer es que no llevaba aquella arma de asesino para limpiarse las uñas.

Bedit y otros como Bedit

que San Lucas guarda en su seno, hubieran pasado en Francia por la guillotina, en España por el garrote.

Aquí sólo han ido á presidio porque está abolida la pena de muerte.

*
* *

¡ La pena de muerte ! Muy odiosa, horrible. . . . pero necesaria. Suprimirla en los pueblos, borrarla de los códigos es el ideal de una sociedad altruista; pero también resulta un sueño, una fantasía color de rosa. La sociedad tiene el deber de defenderse del hombre-fiera, como se defiende del tigre, como aplasta á la víbora.

Regenerad primero al humano

organismo haciendo que desaparezca la miseria fisiológica; extended los beneficios de la educación, aliviad el pauperismo borrando las desigualdades sociales, transformad al criminal nato que goza revolcándose en la sangre; quitad el lodo amasado con lágrimas de desesperación; condenad para siempre el alcoholismo y la prostitución, y cuando en el cuadro morboso que exhibe la patología no figuren los desequilibrios mentales, ni las neurosis, ni las epilepsias, ni las atrofias cerebrales, entonces guárdense para siempre los instrumentos de muerte como trastos inútiles en una sociedad perfecta.

¿Cuándo sucederá esto? ¡Jamás!

La humanidad será siempre humanidad; las purificaciones socia-

les, como las igualdades económicas, son sueños de Carl Marx, de Prudhome, del Conde de Mun, de Monseñor Freppel; teorías utópicas como el Falansterio de Fourier; ensueños del socialismo blanco, del socialismo de cátedra, del socialismo religioso, del socialismo negro.

Mientras haya hombres, habrá enfermos, borrachos, prostitutas y desheredados; mientras haya humanidad abortarán de su seno los Bénédict y Ravachol: unos que maten por robar, otros por suprimir las desigualdades sociales.

Esto será desconsolador, pero...
..... ¡es verdad!



La isla de San Lucas se perdió en un recodo de las orillas del golfo; el vaporcito seguía su marcha serena en demanda del río, sobre cuyas turbias aguas asomaban los pardos lomos y prolongados hocicos de lagartos y caimanes.

El paisaje era hermoso y sus bellezas borraron de mi alma las tristes impresiones del odioso presidio.

¡PERO QUÉ NOMBRES!

Acostumbrado á los prosaicos nombres de Pedro y Juan y otros de igual calibre que usaron los apóstoles y demás santos que reciben místico incienso y cristiana adoración en catedrales, iglesias y capillas, jamás se me ocurrió que hubiera personas que se perdieran por los trigales de la historia antigua de griegos y romanos, fenicios y cartagineses, godos y eslavos á caza de nombres rimbombantes y fuera de uso entre el común de las gentes.

Sólo tenía noticias de que allá, en Cuba, durante los benditos años de la esclavitud, las niñas registraban novelas é historias en la rebusca de nombres *bonitos* con los cuales bautizar á los negrillos y negrillas nacidas en el ingenio ó en el cafetal de papá.

Por eso en los bateyes de las fincas no era raro oír gritar al administrador:

—¡*Delen* un bocabajo á Aristóteles.

—¡Veinticinco latigazos á Demóstenes!

—Metan en el cepo á Cleopatra.

—Cicerón, Virgilio, Atanagildo, Abelardo, Homero, Escipión y Atila que corten caña en la Hicotea.

Y otras mil órdenes en que se barajaban inícuo y profanamente

los nombres de poetas y oradores, guerreros y reyes del Antiguo y Nuevo testamento.

De ahí resulta que en la grande Antilla, mientras los blancos se llaman José ó Antonio, Ana ó María, á secas, entre la población negra y mestiza abundan los Oscars, Ernestos y Abelardos, Doras, Amandas y Eloisas: un idilio de azabache, un poema de canela.

Yo mismo, si señor, he empleado nombres bonitos para bautizar mis perros de caza. Recuerdo una hermosa podenco de largas zancas, grifona ella y excelente para la caza en Boca Dos-rios y Aserradero, se llamaba *Diana*; á otra *venaera*, de raza francesa, patas fuertes y enormes orejas, nombrada *Leoneta*; á un perdigue-ro de parada, blanco con manchas

negras que entendía por *César*.

Y esto es natural; que se busque un nombre sonoro para un perro, para un caballo, y hasta para un burro, me lo explico; como también que llamen Simón á los monos; pero que haya personas que inscriban en el Registro Civil ó bauticen á un chiquillo ó á una chiquilla con el nombre de Poliu-to ó Aida, es decir, que pongan al niño en solfa, no lo comprendo más que suponiendo á los autores de tal despropósito atacados de la «neurosis de la mentecatez»

¡Cuidado que tiene tres bemoles y un sostenido llamar á una niña con el nombre de Agripina! Cómo se avergonzará esa criatura cuando llegue á grande y se entere de que doña Agripina, fué una horizontal de alto coturno, y más li-

viana que ala de mariposa? ¡Por los clavos de la Verónica y el arpa de David!

Y eso no es nada. Pasea U. por el Parque y oye que un caballero dice á otro :

—¡Adiós don Aníbal!

—Buenas tardes don Escipión.

Aníbal y Escipión, históricamente un perro y un gato disputándose una piltrafa llamada Roma, en los campos de Zama.

Recuerda uno los heroísmos del cartaginés y el valor del romano, é instintivamente, porque nunca el hombre deja de ser el animal, se vuelve para contemplar á los homónimos de los grandes generales, y... ¡adiós ilusión querida! Ninguno tiene aspecto marcial y el Aníbal ni aun figura humana: gasta joroba.

Así, sucesivamente, tropieza usted con un Alcibiades y un Leonidas que nada tienen de griegos; con un Horacio que lee mal y no sabe escribir, con un Cicerón tartamudo, un Sijifredo y un Fabila que es lástima no se lo comiera un oso como á su tocayo el godo.



Pocos días hacía de mi llegada; cierta tarde me entretenía en casa de Garbanzo comprando una palangana y otros chismes para mi cuarto de emigrado con ribetes de soltero interino, cuando oigo una voz dulce que decía:

—Venís, vos, al Parque, Ninfa?
Se me antojó que la Ninfa nom-

brada, sería algo vaporoso é ideal; envuelta en tules de trasparente gasa, coronada de flores y de algas, si ninfa del mar; ó exhalando perfumes de violeta y tomillo si ninfa de los bosques en que habita el dios Pan.

La curiosidad fué más fuerte que yo; dejé el objeto que estaba examinando y corrí á la puerta á ver pasar una ninfa, cosa que jamás he visto, como no fuera en pinturas ó en esculturas. Y ví á Ninfa: una moza garrida, fuerte, robusta, hermosa, bien encaderada, vestida con traje de lana y envuelta en un pañolón azul cielo.

—¡Si esta criatura no debe llamarse Ninfa! exclamé: Esta reguapísima niña debe llevar el nombre de Dolores ó Manuela, un nombre humano que huelga á car-

nes tibias de muejr hermosa; un nombre que exprese naturaleza espléndida, tesoros de morbideces, tintes de carmín, curvas ondulantes. Esta realísima hembra no tiene empáque para andar desnuda, con cinturón de plantas marinas, ni envuelta en transparente velo de tela de arañas, porque San José se convertiría en Troya y ardería hasta el más santo

Mucho me temo tropezar por ahí, el mejor día con un don Bucéfalo ó una niña Amaltea.

Si al volver al Guanacaste tropezio en el llano de Palenque con un sabanero conduciendo una vacada, me veré tentado de preguntarle, acordándome de la retirada de los Diez mil, por la relación que le hallaré con ese hecho, semejante á la que existe entre los pa-

lillos de dientes y las pirámides de Egipto:

—Amigo ¿ se llama usted, don Xenofonte?

—No, señor, me contestará; me llamo Tito.

—Tito Livio ó Tito Vespasiano.

—Tito Gutiérrez, señor.

*
* *

Antiguamente, cuando las gentes, aunque más soñadoras tal vez, eran menos simples, á los chiquillos se les ponían los nombres de los abuelos y de los papás; nombres que parecían como vinculados en las familias y que pasaban de generación á generación á semejanza de los apellidos.

Si el matrimonio era muy proli-
fico y se agotaban los nombres
tradicionales, se apelaba al de los
santos de mayor devoción del pa-
dre ó de la madre, ó al del día en
que el niño llegaba al mundo.

Caso de no haber conformidad
entre los cónyuges, ó que la sue-
gra metía las patas abogando
por San Cayetano, que es padre
de la Providencia ó por Santa Ri-
ta, conseguidora de los imposi-
bles, se sometía á la suerte el
nombre de la criatura, escribién-
do varias advocaciones de virge-
nes ó santos, en papelillos que bien
doblados iban al fondo del som-
brero del abuelo que se regodea-
ba de gusto.

—Ven, Pepito decía la tía, ven
hijito y saca un papel del sombre-
ro.

El niño con cara de persona importante ó de condecorado con la cinta de la Legión de honor, sacaba un papelillo que entregaba triunfante á la abuela, quién fungía de maestra de ceremonias.

La viejilla, calados los espejuelos de plata con vidrios redondos como ojos de buho, se apróximaba á los cristales de una ventana, y leía con voz de Pitonisa dando el oráculo de Delfos:

—San Francisco de Asís.

—¡Bueno! decía el abuelo; ¡bueno! me gusta ese nombre. San Francisco es un buen santo y un buen protector.

—Ya lo creo; como que haciendo su novena se hace la de «Las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo.»

—¿Qué nombre sacó? preguntaba la parida desde la cama.

—Hija mía, Francisco de Assis.

—Búscame una estampa de él mamá.

—Yo tengo una, manifestaba la tía; é iba en busca de la imagen, que traía en un cuadro cuyo marco de cedro revelaba á la legua la mano torpe de inexperto aprendiz de ebanista. El grabado representaba un fraile arrodillado con los brazos abiertos, los pies fuera de los pliegues del hábito, contemplando en místico arrobamiento á un crucificado que aparecía en nimbo de nubes multicoloras, y de cuyas heridas arrancaban rayos de luz que vibrando en el infinito venían á posarse en las manos, pies y costado del santo, dejando en

ellos las señales de las cinco llagas del Redentor.

Ya el niño tenía nombre, y un nombre cristiano y piadoso; y es que ni á nuestros abuelos se les hubiera ocurrido, ni cura alguno de aquellos tiempos de fé sencilla, habría bautizado niño alguno con los nombres de Ovidio, Vespasiano, Aníbal, Virgilio, Lucrecia, Agripina, Cleopatra, Norma, Dora y otros y otros que les pegan también á los apellidos Fernández, Gutiérrez y García, como á un Cristo un par de pistolas ó en un altar de la virgen Dolorosa, un cañón de tiro rápido.

Luego que las novelas románticas empezaron á correr de mano en mano, y se escribieron los Amantes de Teruel, y Julieta y Romeo y otra infinidad de literatura

de mogoyón folletinero, salieron de parranda, corriendo ridículo carnaval los Euclides, Oscares y Ernestos, Georginas y Doras, extraídos, por los pelos, del abismo de la simplicidad y de la tontería.

¿Cómo nació aquí la moda de los nombres exóticos? No lo he podido averiguar; pero debe tener larga fecha, porque conozco una venerable momia, con más años que la burra de Balaán, y con más quebrantos y mataduras que *ruca arestinosa*, que se llama doña Bru-nequilda.

La investigación del origen de los nombres exóticos, la dejo al cuidado de don Ramón Matias Quesada, que tiene paciencia y gusto para recoger y referir tradiciones como *La llorona* y otras.

Sólo si me parece, que por el

camino que vamos, se oirá en una alcoba matrimonial el siguiente diálogo:

—Nestali, ¿qué nombre pondremos al *chacalín*?

—El que tú quieras, Ofelia mía.

—Es que no se me ocurre ninguno.

—Búscaló en el almanaque Bailly-Bailliere.

—Allí sólo hay nombres muy feos, y yo quiero uno bonito para mi niño.

—Entonces te traeré un catálogo de obras clásicas y novelas: ¿quieres el de la librería de Font?

EN EL MUSEO NACIONAL

(A don Anastasio Alfaro.)



Lleno de curiosidad llegué á sus puertas. Los museos han tenido siempre para mí un singular atractivo y la virtud de excitarme la curiosidad de una manera extraordinaria; por eso una de mis primeras visitas, cuando llegué á San José, fué al Museo Nacional.

Nada tan agradable á mi espíritu como la sensación primera que experimenté al entrar en él y encontrarme en la sección de Arqueología indo-americana. ¡Con cuanta devoción me aproximé á las vitrinas en que se guardan, co-

mo en urnas sagradas las reliquias de aquellos primitivos pueblos que duermen el sueño eterno bajo el feraz terreno Centro-americano! ¡Cómo surgió á mi vista, cual evocado por mágico conjuro aquel mundo precolombino que hoy con tanto afán se investiga!

Parecióme ver, en el campo infinito de la imaginación, alzarse dentre la tierra que las cubre, aquellas tribus indígenas, con sus especiales usos, sus teogonias legendarias, sus costumbres bárbaras, sus ritos sanguinarios; {parecióme oír que del seno de aquellas incipientes sociedades, en las que se confundían en una sola la potestad paterna y la autoridad del gamonal ó cacique, brotaba una protesta terrible contra el hombre de Occidente, que, con la espada

y la cruz, vino á arrancarlas de las sombras de la barbarie y á mostrarlès la luz de la civilizaci3n cristiana; parecióme ver desenvolverse brutal é infuico el sangriento drama de la conquista, inenarrable porque fué mezcla heterogénea de valor temerario y de tiranía cobarde; de santas, [abnégadas y sublimes virtudes y de degradantes vicios y abominables crímenes: caridad de santos y codicia de demonios; el fraile predicando amor y mansedumbre y el aventurero sembrando odios y fomentando rebeliones; al lado de un Bartolomé de las Casas un Francisco de Carvajal; junto al altar en que se alzaba la hostia y se verificaba el sacrificio de amor, la pira ardiente en que se quemaba vivo á Hatuey.

*
* *

El Museo Nacional posee una variadísima y rica colección de objetos de procedencia indígena, hallados en su mayor parte en las huacas que, en no despreciable número, se encuentran diseminadas por diversos lugares del país; colección de indiscutible mérito arqueológico, que sirve como de jalón que guía al aplicado investigador por el complicado dédalo de la historia precolombina, siempre interesante, rodeada de misterios y que guarda agradables sorpresas al que con ánimo sereno afronta su estudio y procura llegar, sino á conclusiones definitivas, al menos á hipótesis aceptables, que investigaciones posteriores hechas:

con más riquezas de datos, habrán de ratificar ó rectificar.

Sin embargo, esos objetos, ora de piedras pulimentadas ó sin pulir; ora de barros monócromos ó policromos, vistos con supina indiferencia cuando nó con desprecio por los espíritus que, ó no han gustado de las dulzuras de la investigación científica, ó son sobradamente superficiales para entregarse á trabajos que por su naturaleza requieren profundas meditaciones, crítica detenida y estudios largos, áridos, ingratos y fatigosos á veces, que exigen extraordinario derroche de paciencia; esos objetos que para los profanos son meras curiosidades del tiempo viejo, tienen, empero, para quién sabe entenderlo, un lenguaje especial y elocuente, en el cual,

completando lo que enseñan la etnología y la filología, nos dicen qué pueblos los construyeron, á qué razas pertenecían; cuáles eran su estado intelectual y social, cuáles sus ritos y costumbres; qué transformaciones sufrieron: en una palabra, hacer surgir, del polvo en que yacen, á los antiguos núcleos de familias y de razas que vivieron antes del descubrimiento y durante los agitados y tumultuosos días de la conquista, en la providente y fecunda tierra Centro-americana.

Cada piedra, cada barro de los que se guardan en las vitrinas del Museo Nacional, denuncian un período de vida de aquellas sociedades, señalan sus progresos, acusan las invasiones que sufrieron y las luchas que sostuvieron

con otros pueblos que, aportando nuevo idioma, nuevos ritos, nueva expresión de arte, y nuevos hábitos, modificaban la lengua materna, cambiaban la religión, llevaban otros modelos y otra ideación al primitivo artista y creaban costumbres diversas, subvertiendo por modo casi absoluto la manera de ser de aquellos núcleos étnicos, que avanzaban ó retrocedían en la senda del progreso, según fueran mayas ó chichimecas sus invasores.

Recoger en un cuerpo de doctrina y bajo un criterio de filosofía de la historia cuanto se ha escrito sobre los antiguos pueblos de Costa Rica; estudiar los restos milagrosamente salvados del naufragio que sufrieran las sociedades indo-americanas al ser dominadas

por los colonizadores; clasificar esos barro y esas piedras de un modo científico, indagar sus orígenes, investigar qué uso y aplicaciones tenían entre los hombres que los fabricaron, deducir de ellos el estado de la cultura y de las industrias entre los terrícolas que nos precedieron en este país ¡qué hermosa labor! ¡qué obra fecunda!

*
* *

Si profunda admiración causan las monumentales ruinas de Ixamal, Palemke, Copán, Mitla y demás reliquias que en Yucatán se encuentran esparcidas desde las orillas del siempre agitado mar Caribe hasta las fecundas márgenes del caudaloso Usumacinta; si

pasma la grandeza de aquellos monumentos cuyos orígenes se pierden en las lejanas nebulosidades del tiempo, si sus bellezas arquitectónicas, sus relieves artísticos, sus coloridos imborrables asombran al viajero y son tormento del arqueólogo que lucha en vano con el geroglífico para arrancarle los secretos que guarda, ¿por qué no prestar atención ni estudiar los restos de los antiguos pueblos de Costa Rica, si por humildes y pobres no menos elocuentes que el palacio de Chibchen ó el templo de la Cruz? En efecto, si aquí no poseemos monolitos como el de Tenango, ruinas como las llamadas Palacio de las Monjas, ni pirámides como las de Cholula en México, inscripciones ideológicas como las encontradas

en los Andes venezolanos y en las extensas cuencas del Orinoco, grabadas por el hombre primitivo, en gigantescos tamaños, sobre el granito de sus montañas; si no tenemos restos arqueológicos como los legados á la humanidad por chibchas y mayas, toltecas y quichés, quéchuas y aztecas no nos faltan, empero, obras de barro, de piedra, de cobre y de oro hechas por las toscas é inhábiles manos de los antiguos terrícolas, que nos indican los disuntos períodos y las varias evoluciones que sufrieron la cerámica, la escultura, la metalurgia y la orfebrería entre los pueblos aborígenes.

La colección del Museo es, bajo este punto de vista, rica, numerosa y completa; en ella se encuentran armas é ídolos, objetos sun-

tuarios y útiles religiosos y domésticos; instrumentos de labor y distintivos de dignidades y gerarquías. ¿Por qué no darles, pues, todo el valor que tienen y toda la importancia que merecen como fuentes históricas y como elementos de estudio? ¿Por qué suponerlos únicamente, objetos tan curiosos cuanto inútiles? Proceder semejante, acusaría ignorancia completa de su valor científico y desconocimiento profundo de los admirables trabajos que han precedido á los grandes descubrimientos hechos por la arqueología en el Asia tan fecunda en pueblos y tan rica en tradiciones legendarias.

Una piedra, el dorso roto de una estatua, un fragmento de capitel, el trozo de un fuste, el pedazo

de basamento de una columna, han sido como faros luminosos que guiaron á los sabios orientalistas, hasta llegar á los admirables descubrimientos que hoy nos permiten conocer aquellos pueblos que yacían como perdidos para la humanidad, y cuyos nombres sólo se encontraban en los clásicos griegos y latinos y en los libros sagrados de los hebreos.

Ninive, Babilonia, Menfis han sido como evocaciones mágicas del pasado, como resurrecciones hechas por la ciencia; y si interesantes fueron sus hallazgos, porque dieron á conocer los antiguos imperios que fuertes y poderosos un día, rodaron luego entre el polvo del olvido y hechos ruínas desaparecieron del haz de la tierra con sus innúmeros y victo-

riosos ejércitos, con sus poderosos y cuasi divinos monarcas, con sus grandiosas y opulentas ciudades, pensiles aéreos de Semíramis, templos placenteros de Sesostris, lujuriosos dicteriones de Sardanápalo, arrasados por el sople aniquilador de las guerras, muertos por la decadencia de las razas y barridos en la formidable lucha biológica entablada con los nuevos pueblos y naciones que los invadieron; si hermosísima fué esa labor de resurrección histórica, no menos interesante y digna de ser reconstituída es la prehistoria de América que también tuvo imperios poderosos como los de Manco-Capac, Moctezuma, Zelman y Votan; razas tan antiguas como la otomí y la nahua que muchos suponen la verdadera au-

tóctona del continente colombino, salida del seno de la tierra en igual época que el hombre terciario del viejo mundo; como así mismo la América sufrió las invasiones de pueblos extraños ya venidos del Asia, ya de la Europa, ya del Africa, ya de la soñada Atlántida de Platón, ya de la Polinesia y demás islas de la Oceanía, que llegaron á su hermoso suelo en siglos tan lejanos que se confunden con los de la infancia de la Humanidad. La América, en fin, guarda trascendentales secretos para el etnólogo, para el antropólogo, para el sociólogo, para el historiador. ¿Qué pueblos la habitaron? ¿Eran autóctonos ó inmigrados? ¿A qué razas pertenecían? ¿Cómo se operó la mezcla de ellas dando origen á la llamada

roja ó americana? ¿Cómo fué el éxodo de los pueblos invasores y qué luchas sostuvieron con los terrícolas? ¿Qué sucesos se desarrollaron en los siglos en que el Nuevo Mundo permaneció desconocido para la Europa? ¿Qué constituciones sociales y políticas tuvieron los americanos, cuáles eran sus teogonías y ritos, cuáles sus costumbres é idiomas? ¿Cómo se amalgamaron y confundieron sus núcleos étnicos originando la sub-raza, la cultura y la civilización que tanto asombro causaron á los hombres de la Vieja Europa? Misterios son éstos que sólo pueden ser descubiertos por el estudio incesante y tenaz, por las asíduas investigaciones y el esfuerzo reunido de filólogos y etnólogos, de arqueólogos y antropólo-

gos qué ligados por el lazo de amor á la ciencia trabajen de consuno para levantar siquiera levemente una punta del velo, oscuro y denso, que cubre el pasado de aquellos pueblos y de aquellas nacionalidades é imperios que, desde la aparición del hombre en la tierra, se desenvolvieron y agitaron, creciendo unos, desapareciendo otros y mezclándose los más, en este mundo americano, grandioso por su extensión, rico por su suelo, y codiciado siempre por el Viejo Continente, que en vano lucha por uncirlo perpetuamente al carcomido y rechinante carro de sus monarcas.

EL HOMBRE-BIBLIA



Lo mismo que hay hombres-zorras que todo lo hacen con rodeos y encubriendo astutamente, con la mugrienta y asquerosa capa de la hipocresía, sus intenciones y propósitos; como hay hombres-serpientes que se arrastran por el lodo de sus pequeñeces y concupiscencias para clavar en el calcañal de los honrados el venenoso diente de la calumnia; como hay hombres-cucarachas que por donde pasan dejan el hediondo rastro de sus miserias, y hom-

bres-enciclopedias que pueden ser hojeados y consultados á semejanza del diccionario de Larousse, existen, también, hombres-Biblias que llevan en la punta del dedillo, cuántos capítulos y versículos encierran el Antiguo y Nuevo Testamentos.

Lo mismo hablan del Génesis que del Deuteronomio, igual del Levítico que de los Paralelipómenos, del Pentateuco que del Exodo. Para ellos no guardan secretos las Profecías, é interpretan á Jeremías, á Ezequiel, á Jonás como rabinos en Sinagoga magna. ¿Salomón? Ni el Libro de la Sabiduría ni el Cantar de los cantares encierran simbolismo que no hayan desenterrado. Los Números y los Jueces les son tan familiares como sus botines de salir. De

los Evangelios no hay que preguntar; todas las parábolas de Cristo, y el libro de la generación de Jesús comenzando en Adán y terminando en José, los recitan de un tirón.

Esta planta, esencialmente exótica, hace poco tiempo que comienza á cultivarse en Costa Rica, y sus campos de germinación son las diferentes sectas protestantes de episcopales, presbiterianos, metodistas, y demás berugas que brotaron en la cara de la Iglesia católica, apostólica y romana, con la parranda que armó Lutero por la predicación de las indulgencias, y la embriaguez teológica que se pusieron Calvino y demás zoquetes, empeñados en redimir á una humanidad estúpida, bien avenida con la esclavitud

del espíritu, que le quita el trabajo de pensar, y que arrostraron excomuniones y tormentos innúmeros por cortar abusos y quitar gages y utilidades á la predominante teocracia romana.

Y realmente son muy divertidos nuestros noveleros que sientan plaza de protestantes, sin haber tenido en su vida creencia alguna.

—Es que soy protestante, dice uno de los tales.

—¿Antes era usted católico?

—No, señor, nunca.

—Entonces, pobre mentecato, ¿de qué ó de quién protesta usted?

—De la tiranía á la conciencia, impuesta por Roma.

—Pero á usted ¿quién le mete en lo que no le importa? Váyase á freir monos á Pacaca y no *friegue*.

Se explica uno que Lutero, luchando con las eternas dudas que atenaceaban su alma y robaban la tranquilidad de su espíritu en las soledades de la celda conventual, rompiera con el dogma y provocara el cisma; se explica uno á Juan Huss muriendo quemado por orden del concilio de Constanza, por sostener las doctrinas de Wicleff; se explica uno á Calvino continuando en Francia y Suiza la reforma iniciada por el monge Agustino de la dieta de Worms, porque tuvieron fé en las doctrinas del catolicismo, y sus indagaciones y estudios teológicos y filosóficos los llevaron á protestar de lo que creyeron contrario al libre albedrío y adulteraciones de la doctrina evangélica; pero que un mequetrefe, un

Juan de los Palotes ó un niño memo que no conoce una palabra de la historia eclesiástica, que ignora cuántos y cuales concilios han habido, que en su vida hojeó la Suma teológica de Santo Tomás, ni ha visto un tratado de filosofía, nos salga á camino protestando de una fé que no tuvo y de una doctrina que no profesó, es estúpidamente ridiculo y tonto.

Y óigalos usted hablar de la libertad del pensamiento y del libre exámen, sin entender lo que se dicen y sufriendo espantosa indigestión de teorías y principios que sólo han leído, pero no analizado ni comprendido, para terminar, á lo mejor, después de pregonar *urbi et orbe* que cada uno es dueño de pensar como quiera, lanzando una catarata de injurias contra a-

quellos que no comulgan en su secta; semejándose así al grotesco ciudadano Nerón de La Marsellesa, que tras pregonar que el pensamiento era libre por decreto de la ley, cortaría la cabeza á todos los que no pensarán como él pensaba.

Se explica y hasta se comprende, sin esfuerzo alguno, que en Alemania, Suiza é Inglaterra predomine el protestantismo, porque ellas fueron cunas de los que levantaron el pendón de rebeldía contra los vergonzosos escándalos de la corte romana y contra la opresora red en que tenía envuelto al mundo; pero ni se comprende ni se explica que en países latinos, y sobre todo en sociedades nacidas y formadas después de la gran redención de 1793, que no han presenciado las inquisitoriales hogues-

ras, ni han sentido sobre sus hombros la *virga ferrea* de un paparey, germinen y fructifiquen esas plantas exóticas y propias de las nebulosidades del Rhin, de los ventisqueros alpinos y de las húmedas nieblas del Támesis. Que seamos indiferentes, irreligiosos, incrédulos, importándonos un pito todos los dogmatismos y misterios, que igual nos dé Dios que el demonio, y que estemos dispuestos á hacer bromas y epigramas de lo que parezca más sagrado y digno de respeto, tiene su explicación racional y lógica; pero no así el abismarnos en libros teológicos, el perdernos en el dedalo de los distingos y enredarnos en el algodonal de los ergotismos, convirtiéndonos en propagandistas de la libre interpretación de la

Biblia y demás libracos que de puro viejos hieden á moho. Todo esto es contrario á nuestro modo de ser, á nuestro carácter, á nuestra idiosincracia.

Piense el alemán en los complicados problemas de la metafísica; húndase el suizo en el profundo abismo de la teodicea, y el inglés indague las causas primeras, que nosotros tenemos bastante con las artes, con nuestro eterno batallar político y nuestras lindísimas mujeres que valen más que todas las lucubraciones de teólogos y filósofos.

*
* *

No hace mucho oí á un joven del país, que ha entrado en la moda de las iglesias domésticas con

ventanas y puerta á la alcoba matrimonial del pastor, hablando de la Biblia que barajaba como jugador de oficio á los grasientos naipes en garito de menor cuantía. ¡Qué erudición en las citas! ¡Qué mezclanza de lo que achacaban á los profetas y lo que cuentan dijo Moisés! Aquello era un discurso *anti y post diluviano*. Él habló del pecado original y de la promesa de redención, de la monumental borrachera con que Noé se quitó el resfriado en el monte Ararat, de la torre de Babel, de la escala de Jacob, de la visión del juicio final que tuvo Isaías, cuando sintió el soplo del Señor crispándole los pelos de la carne; y saltando de lo viejo á lo nuevo y de lo nuevo á lo viejo como caballo desbocado sin rienda

ni ginete, pasó de golpe y zopapo desde el cautiverio de los israelitas en Babilonia á la parábola del buen samaritano; desde Daniel en el pozo de los leones hasta la pesca milagrosa en el lago de Tiberiades. El hombre-biblia se excedía á sí propio escuchándose entusiasmado. Como nadie le iba á la mano, nos mareaba á todos con su prédica importuna que llevaba camino de no terminar, si un oyente no le interrumpe con esta pregunta:

—Amigo, ¿me hace el favor de aclararme una duda que tengo sobre un pasaje bíblico?

—Sí, señor: expóngamela usted, y verá como se la resuelvo en seguida.

—Pues quisiera saber que hacía Noé con el estiércol de tanto ani-

mal que, como usted sabe, tenía en el arca.

—Verá usted.... el Génesis no dice nada sobre el particular, pero es de suponer que lo tiraría por una ventana.

—¿Por la misma que sirvió para soltar al zopilote y á la paloma?

—Precisamente.

—¿Y podría usted decirme, si Noé tenía en el arca alguna bomba de achicar?

—¿Para que? El arca estaba calafateada de betun por dentro y por fuera y ño le entraba agua.

—Sí, señor; yo pregunto si tendría bomba para achicar el barco de los miles de litros de orines que diariamente le regalaría su colección zoológica.

El hombre-biblia se iba amoscando con las bromas del amigo

y al fin tomó el partido de largarse á otra parte con su Exodo y sus Reyes, montando en la burra de Balaán del bochorno.

—¡Adiós, Salomón! le gritó uno.

—¡Buen viaje, Moises! le voceó otro.

—¡Que le vaya bien doctor de la ley.

—*Good by*, fariséo!

Don Isaac huía calle arriba, recibiendo como nube de dardos venenosos aquellas sarcásticas despedidas, que se clavaban en su corazón de comentarista protestante cual espinas de dolor.

—Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen, exclamaba. ¡Son como los hijos de Belial; son como los judíos que pidieron tu muerte!

Momentos después hacía su en-

trada en la iglesia protestante, donde se elevaba monótona canturía, predominando en ella, como nota de sochantre en monástico coro, la voz de bajo profundo del pastor: un inglés de siete pies de estatura, rubio, semejando sus barbas y cabellos, á peluzas de maiz cuando está tierno.

LA VELA



La tarde había sido muy nebulosa: densas y oscuras nubes de color plumizo se extendían por el cielo, después de envolver como negro crespón, las elevadas cumbres del volcán Miravalles. A trechos se abrían para dar paso á la brillante serpiente de fuego de un relámpago y el trueno dejaba oír su voz cavernosa repercutiendo en los poblados bosques, perdiéndose en las extensas llanuras y rebotando luego, lejos, muy lé-

jos, en la abrupta cordillera. En el espacio se formaba la tormenta y la tierra toda parecía asustada ante la amenaza de aquel cielo gris. Solo interrumpían, de vez en cuando, ese silencio de muerte, el estridente gritar de una bandada de loros ó pericos que volaba presurosa en busca de refugio en los árboles de las márgenes del río, ó el agitado ladrido de un perro vagabundo acosando la vaca de algún vecino.

A la tarde siguió una noche tenebrosa, sin estrellas en el cielo, sin claridades de luna; noche lóbrega, fatigosa cual la de infeliz enfermo que se revuelca en el lecho con los ardores de la fiebre; noche que en vez de alegrar la vida oprimía al espíritu y daba laxitudes de pereza al cuerpo, con su

calor asfixiante no mitigado por la más leve ráfaga de brisa.

Buscando aire que respirar, varios amigos nos dirigimos á la plaza. Liberia envuelta en densas tinieblas se veía como masa informe destacada sobre un fondo negro, muy negro. A un extremo de la plaza, la iglesia semejando la ruina de una fé que se derrumba; viejas, desconchadas por los azotes del tiempo y la incuria de los hombres, sus paredes con hinchazones de hidrópico en unas partes y depresiones de tísico en otras, diluída la color que las lluvias y el viento arrebataron, parecían el rostro de un mendigo leproso haciendo muecas de tristeza á la luz macilenta y rojiza del alumbrado público. Frente á la iglesia y á su costado derecho, el

cuartel, con su ancho corredor, su macisa puerta y sus grupos de soldados. El farol de la entrada, dejaba caer mortecinos reflejos sobre los dorados botones de varios oficiales sentados en círculo y entregados á sabrosa plática, y daba destellos brillantes á la bayoneta del soldado de guardia.

El fuerte estallido de una detonación interrumpió el silencio.

—¿Qué es eso Capitán? preguntó el Doctor Nobo al Comandante Principal de Policía, nuestro asiduo compañero.

—Una *vela*, contestó el capitán Montoya con su habitual laconismo de hombre poco amigo de gastar palabras.

Momentos después, varios cohetes subieron á lo alto, dejando regueros luminosos y estallando

con estrépito de alegría y luces de bengala semejantes á lágrimas de fuego. Era que comenzaba *la vela* de la virgen del Carmen.

*
* *

Perdido en las lejanías llegó hasta nosotros leve y debilitado el cadencioso sonido de una *marimba*. Sonido raro, especial, con algo de lira y algo de auto-arpa, mezcla de las vibraciones de la madera y de la jicara, pero sonido dulce y melancólico: lamento de una raza extinguida, suspiro anheloso de un pueblo agonizante, voz apagada que vibra como perdido recuerdo, como lejana remembranza del areito aborígene, conservando aún, en medio

del constante trasegar de vidas que hace el tiempo, los compases de la danza religiosa que los indios bailaban alrededor de sus grotescos ídolos de piedra.

—Vamos á *la vela*, propuse, en mi deseo de saber qué era aquello.

Aceptada la idea y guiados por el capitán Montoya, después de cruzar calles oscuras, de sortear charcas de agua que las lluvias formaron en las desigualdades del piso, de atravesar un espacio fuera de la población, gozando del hermoso espectáculo que producían miriadas de insectos luminosos agitándose y volando en giros caprichosos, parecidos á las fantásticas danzas que el aire hace bailar á los fuegos fátuos en los cementerios, llegamos al lugar de *la vela*: una casa, un bohío in-

dio, con techo de pájuncia y paredes de cujes ó flexibles ramas, clavadas por un extremo en la tierra y atadas entre sí por bejucos, aunque lo suficientemente separadas para permitir la libre circulación del aire y las indiscretas miradas de los curiosos. Un tabique de igual materia y construcción que las paredes dividía el interior en dos partes: en una la cocina, en otra la sala.

En ésta, ocupando sus dos terceras partes, un blanco dosel hecho de sábanas muy limpias, sostenido de la armazón del techo por varias cuerdecitas y sirviendo de abrigo y marco á pequeño y diminuto altar, formado por una caja cubierta con un lienzo azul. Entre gran número de flores, cintas multicoloras y luces, surgía

desmedrada y triste una figurilla de madera vestida con el hábito de las carmelitas. Era la virgen á quien se tributaba el culto de *la vela*.

En el ángulo que formaban la pared exterior y el tabique, dos músicos sentados en pequeños bancos de madera: uno con la guitarra, otro con la *marimba* que ocupaba todo el espacio que dejaran libre altar y dosel.

Allí, frente á frente, en el breve espacio del misérrimo bohio indígena, se veían hermanados por el tiempo, los representantes de dos religiones, de dos pueblos, de dos razas, de dos civilizaciones distintas: el altar cristiano y la marimba india. El altar personificando á la vieja Europa, á sus fanatismos, su teocracia altiva, su

espíritu de conquista, su cultura y sus artes. La marimba á la joven América, á sus ídolos groseros, sus sangrientos sacrificios, su libertad salvaje y sus incipientes sociedades. Raro contraste de lo nuevo y de lo viejo: las caducas nacionalidades del antiguo mundo, heridas de muerte en lo más delicado de sus órganos por el cáncer social del brutal comunismo, del disolvente nihilismo y del anarquismo feroz y criminal; y los nacientes pueblos del Nuevo Mundo, llenos de brío, elevando alegres al Señor de las Alturas el himno magnífico del trabajo, y disponiéndose á roturar sus seculares bosques y á luchar por el progreso como jóvenes atletas que bajan á la arena del combate, seguros del triunfo que ven alborear

en el horizonte del porvenir entre
nubes de oro y nácar.

*
* *

Fuera de la casa, al aire libre, teniendo por techumbre un cielo de tempestad, iluminado á momentos por la cárdena luz de los relámpagos y por alfombra la mu llida yerba que brota al fecundante beso de las lluvias, estaban los devotos, amigos y convidados, en dos largos bancos de madera: uno oculto por las sombras; otro iluminado por el foco de claridades del altar, que saliendo por la puerta, se extendía acariciador, determinando el vago contorno de una cerca de gruesos maderos y el maciso follaje de un árbol, que

cerraban el frente de la casa dejando un espacio á modo de corral.

Apenas llegamos, la dueña de la casa, joven mestiza de la raza conquistadora y de la conquistada, salió obsequiosa á saludarnos ofreciéndonos una horchata de dulzor picante, hecha de raíces de gengibre y de canela, y una pastilla de un dulce que llaman cajeta,

*
* *

La vela es una costumbre muy antigua : mezcla de fiesta mundana y de culto religioso. El devoto que pone una *vela*, sirve, á cuántos acuden á ella, sendas copas de chicha, horchata ó guaro y dulce cuando no una cena en toda regla.

En la *vela* se rezan varios rosarios, se tocan la marimba y la guitarra, se bebe, se cena, se hacen cuentos, se enamora y no pocas veces se crean enemistades y disgustos.

Resto de un fanatismo tradicional, tiene mucho de idolatría y algo de fé sencilla. Es que aun se siente flotar en el espacio la influencia del fraile misionero que llegaba á la grupa del corcel de batalla del conquistador; es que la leyenda indigena perdura y pasa de una á otra generación como las viejas tradiciones que se conservaban y trasmitian de padres á hijos en los antiguos tiempos de la infancia del hombre. De ahí que junto á la fé cristiana se encuentre la superstición idolátrica. Dios dominando en las altu-

ras y cuidando de los mundos, y las almas de los indios vagando en las llanuras y vigilando las huacas en que yacen sus cuerpos, sus ídolos, sus vasos y sus piedras. Fantasías que toman cuerpo y vida en esos espíritus incultos, inclinados siempre á lo maravilloso y sobrenatural.

*
* *

Cuando comenzó la música nos retiramos. Horas más tarde, acostado ya y tratando de conciliar el sueño, me pareció oír, perdido en las lejanías, el sonido dulce y melancólico de la marimba, como el lamento de una raza extinguida, como el suspiro de un pueblo agonizante.

SIEMPRE LINDAS

Al ver á una josefina hermosa y linda, envuelta en brillante pañolón de seda de Manila, que encanta á los ojos y hace palpar al corazón, me acuerdo del duo de la «Verbena de la paloma» :

«¿ Donde vás con mantón de Manila ?

ó de aquel *schotis* que chiquillos y menegildas fregatrices tarareaban día y noche por las calles y plazas de Madrid y Barcelona :

« Con una falda de percal planchá,
y unos zapatos bajos de charol,
en el mantón de fleco arrebuja
por esas calles vá la gracia é Dios»

Porque las josefinas son bellísimas y hacen exclamar á más de un casado :

—¡Quién fuera buey suelto!

No sé para los demás, pero para mí tiene muchísimo atractivo un pañolón de seda, de grandes flecos, plegándose voluptuoso sobre el cuerpo mórbido de una joven linda. Él se extiende sobre las curvas, se encoge en los huecos que dejan las turgencias; no deja ver, pero deja adivinar tesoros de bellezas, (salvo los casos de postizo y relleno); parece que tiene vida y picardías de amante consentido que goza acariciando

á su dama, estrechándola en apretado abrazo.

Cierto día pasaba una rubia encantadora frente al grupo que formaban varios jóvenes; uno de ellos exclamó envidioso:

—¡Si yo fuera el pañolón de esa niña!

Para que querría ser, ese zoquete, pañolón de tan guapa señorita?

Si hubiera dicho ¡Quién fuera el novio! habría estado en lo cierto. Querer convertirse en pañolón es lo mismo de aquél, que viendo una primorosa montura de pieles de tigre y manigordo, exclamó:

—¡Quién fuera caballo!

*
* *

Aunque las comparaciones, por lo común son odiosas, no puedo sustraerme nunca del recuerdo que de las resaladísimas andaluzas y graciosas madrileñas me traen las josefinas, con sus pañolones del Celeste Imperio y sus cuerpos esculturales. Si en vez del pelo suelto llevaran alto moño, rosas en la cabeza y claveles en el pecho, la ilusión sería completa. Y realmente, no creo ofender ni á unas ni á otras con la comparación; porque ambas son mujeres que dan el opio.

¿Las andaluzas y las madrileñas? ¡Que me las traigan, y verán con qué mimo y cariño las trato! ¡Si son sabrosísimas!

Hace once años tuve una novia granadina, llamada Manola; linda como un pajarito, viva como una

mariposa, y con unos ojos rasgados, negros, hermosos y brillantes como los de las mujeres árabes de que descendía; ojos que inflamaban el alma y hechos á propósito para languidecer de amor á la caída de la tarde entre los jazmines y azahares de la Alhambra. ¡Y qué dulce era Manola! ¡qué lista! Ella adivinaba mis deseos y un beso ardiente de sus labios de coral me devolvían el contento en horas de nostalgias y tristezas.

Pero. . . . más vale no hablar de estos amores viejos, porque al buen callar llaman Sancho.

Nada de particular tiene, pues, esta remembranza que las hijas de aquende me traen de las de allende. Me pasa con ellas lo que con Cartagena de Indias; no puedo vi-

sitarla sin que me transporte en espíritu á alguna vieja ciudad de España.

Sus negras y formidables murallas, obra, en parte del gobernador don Carlos de Sucre, abuelo del ilus'tre mariscal de Ayacucho y cuarto abuelo por línea paterna de un servidor de ustedes; sus casas de puertas monumentales y ventanas de rejas; sus calles morunas, estrechas y tortuosas, sus templos soberbios y sus conventos enormes, el sello, en fin, que tiene impreso, revelador del origen de sus fundadores, influyen en mí trasportándome á otros siglos. Paréceme ver desfilar, con los ojos de la imaginación, al viejo conquistador armado con sus pesados arneses, con la espada de cazoleta ó gavilanes al cinto, ter-

ciada la capa y el bruñido casco á la cabeza; á la joven aristócrata seguida de la dueña con blancas tocas y manto negro; al infeliz indio conquistado, doblegándose al peso del trabajo brutal.....

¿Quién sujeta á la imaginación cuando vuela en alas de la fantasía? ¿Quién la contiene cuando voluble salta de una á otra memoria como mariposa multicolora en jardín cuajado de flores?

Yo gozo en soñar; en lanzarme á los espacios imaginarios; en recorrer páginas de la historia de los pueblos; en abstraerme de las miserias actuales y existir con la vida de los que ya pasaron. Es un *sport*, como otro cualquiera, que fortifica á el alma disponiéndola á la lucha de las realidades presentes. De esto nace mi amor á la

arqueología, que mis amigos llaman chifladura. ¡He sufrido tanto y recogido tantas decepciones é ingraticudes! De ahí nace que en la sociedad presente sea yo un escéptico que la cruza con el fardo de sus desencantos al hombro, y encubriendo los dolores del alma con la máscara del contento y la voluble charla del dichoso. Mis placeres están en sumergirme en la antigüedad, en estudiar las razas que pasaron, en reconstruir lo que el tiempo destruyó. ¡Labor de misántropo!

*
* *

Un conocido mío, que dicho sea sin modestia alguna es un barbarote que merece estar en galeras, me dijo una vez :

—Las mujeres con el pelo suelto me parecen hermosas bestias.

¿Han visto ustedes mayor heregía? ¡Que lo quemem en la plaza pública, como á Judas en sábado santo! ¡Qué le suelten un Felipe II y un Torquemada! ¿Decir que las mujeres con el pelo suelto semejan á hermosas bestias? ¡Ah, bárbaro indómito! ¡Oh león hirsuto! Tú sí que eres una bestia apocalíptica, con lengua de fuego y ojos de basilisco.

Una mujer con el pelo suelto, si llora es una Magdalena poetizando el dolor; si ríe y baila, una sacerdotisa del padre de los dioses; si pasea, una hada benéfica que esparce el contento y la alegría; si está en su casa, una imagen de la sencillez y de la honestidad.

Eva, según la Biblia, gastaba el pelo suelto, y se comprende: entonces no había fabricantes de peines ni peluqueros afeminados. Sin embargo, los Santos Padres confirman el dicho de Moisés á quien todos creemos bajo su palabra de caballero y hombre honrado, y aseguran que Eva, después de la Virgen, ha sido la mujer más hermosa y bella de la tierra; lo cual, sea dicho de paso, me alegra por nuestro padre Adán que se relamería de gusto, y me apena por el santo Patriarca José, que no pasaría menudos trances al lado de tan rica hembra y con un voto de castidad á cuestas.

Elena, causa de la destrucción de Troya y de una infinidad de líos, según Homero gastaba el pelo suelto.

Y cien mil mujeres célebres, que no cito para que no salga por ahí algún crítico emplumeciente, prístino y alitierno, acusándome de eruditismo, llevaban el pelo suelto sin que á nadie se le ocurriera llamarlas parecidas á hermosas bestias.

Para ello era necesario que viniera al mundo ese conocido mío, que debe descender de Breno, Atila, ó cualquier bárbaro del Norte ó del Mediodía.

*
* *

Amo á mi mujer sobre todas las cosas, porque ella se lo merece, siendo para mí el ángel del cariño; la amo como á la compañera que me dá alientos cuando el es-

piritu se abate; que me consuela en las horas de tristezas; que llena mi hogar de dulzuras y encantos; la amo como á la madre de mis hijos y en el santuario de mi pecho le tengo elevado un altar de gratitud, porque abandonando su patria, su bienestar y sus comodidades ha venido á compartir conmigo los días del ostracismo y el amargo pan de la emigración.

Amando á mi esposa, amo también, como los Mandamientos de la ley de Dios nos enseñan, á las prójimas lindas que usan pañolón de seda y pelo suelto. Amor religioso y hasta si se quiere estético. Las mujeres así vestidas, me parecen lo que son: mujeres.

Con trajes llenos de encages,

con sombreros estrambóticos, que no son tales sombreros, sino un disparate de paja, plumas, cintas y flores, semejan muñecas en estante de juguetero ó monas que bailan sobre el organillo del por-diosero tirolés.

Nada más seductor ni gracioso que una mujer sencillamente ataviada, sin esos ajuntes que deforman la cintura y enferman los pulmones y estómago; sin tantos cintajos y coloretos que las igualan á mulas de alquiler en días de feria ó verbena en morisco pueblo de Andalucía.

Cuando una josefina hermosa, de esas que dán el opio y hacen bailar los ojos ardiendo en deseos, pasa junto á mí y me baña con el perfume de su cuerpo de diosa, ganas me dan de gritar :

—¡ Vivan el pañolón de Manila
y el pelo suelto !

Si no lo hago es por respeto....
á la policía.

EL PASAPORTE



—Amigo, señor Acebedo, ¿me hace usted el obsequio de expedirme un pasaje para Colón, por el vapor *Río Janeiro* de *La Veloce*?

—¿Tiene usted el pasaporte?

—¡El pasaporte! exclamé: ¿qué pasaporte?

—El que tiene que expedirle el Gobernador de la Comarca.

—Permítame que me asombre, porque desde que salí de Cuba no creí que me volverían á exigir en ninguna parte, ese papelucho indecoroso que es puro resabio co-

lonial. ¿Siempre se ha exigido aquí el pasaporte?

—No; creo que fué establecido cuando ó por indicaciones de don Juan Ferraz.

—¡Ah! Entonces ya no le pregunto, porque veo claro.

Salí de la conocida casa de los Sres. Felipe J. Alvarado y C.^a y cruzando el bonito Parque de Limón, encaminé mis pasos á las oficinas del Gobierno político, situadas, frente al mismo Parque, en el piso alto de una hermosa casa de madera, estilo americano, en cuya planta baja están instalados el telégrafo nacional, el juzgado y el cuartel de policía. La oficina del Gobernador está en la sala principal: en un ángulo, dos mesas escritorios que ocupaban los empleados; más léjos, casi al ex-

tremo del local y situado entre una puerta y una ventana el bufete de la primera autoridad política. Don Balbanero Vargas, que así se llama, con un gorro estilo farmacéutico en la cabeza, caladas las gafas de oro, y arrellanado en cómoda mecedora de mimbres de Viena, se absorvía en la lectura de un número de el *Heraldo de Costa Rica*.

Con cara sonriente y rostro afable, me recibió el empleado que trabajaba en una de las mesas.

—¿Qué desea usted, señor?

—Tendría la amabilidad de extenderme un pasaporte para Colón?

—Sí, señor. Hágame el obsequio de sentarse, me contestó indicándome al propio tiempo una silla que estaba frente á la mesa.

Inmediatamente puso á un lado la nota que escribía, y tomando un libro de registro, lleno de encasillados, comenzó el interrogatorio.

—¿Su nombre?

—Agustin Navarrete.

—¿Natural?

—De Santiago de Cuba.

—Ah! ¿Es usted cubano?

—Sí, señor, para servir á usted.

—¿Qué edad tiene?

—Treintidós años, si no miente mi partida de bautismo.

El interrogatorio me iba cansando y ya me retozaban en el cuerpo las ganas de tomarle el pelo al simpático escribiente.

—Soltero, casado ó viudo?

—Casado, por la gracia de Dios. Por lo menos, pensé, ahora me

pregunta si tengo hijos y hasta quiénes fueron mis padrinos de bautismo y confirmación, como hacen los jueces y escribanos en Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, cuando interrogan á un testigo ó á un reo.

—Su profesión.

—Empleado público.

—¿Qué empleo?

—Inspector de Escuelas de la Provincia de Guanacaste.

—¿Cual es su religión?

—¿Mi religión? ¿Qué, eso se pone también en el registro?

—Si, señor, me contestó sonriendo y con cara volteriana.

—Pues, amigo, permítame pensarlo, porque la pregunta tiene más miga de lo que parece.

Y me puse á examinar mi conciencia para ver si al fin resulta-

ba yo, miembro activo ó pasivo de alguna secta ó religión.

—¿Qué religión le pongo?

—No lo sé, porque tengo que pensarlo lo menos una hora, para dar en el clavo.

—Es que el tiempo apremia.

—Entonces ponga usted la que mejor le parezca, porque para mí todas son perfectamente iguales, razón por la cual no gasto otra que la del cumplimiento de mis deberes.

Ignoró, á qué religión me habrá afiliado el escribiente del Gobierno político de Limón.

Cerró el libro; de un montón de impresos tomó un pliego firmado ya por el Gobernador; llenó sus líneas en blanco, y con ademán cortés me hizo entrega del siguiente documento :

PASAPORTE

República de Costa Rica

Número 1254
Folio . . . 45

FILIACIÓN

Edad.
Estatura.
Cara.
Color.
Cejas.
Ojos.
Frente.
Nariz.
Boca.
Barba.
Pelo.
Compleción.
Señas especiales
.
Firma del portador
.

El infrascrito Gobernador de la Comarca de Limón, concede pasaporte á Don Agustín Navarrete, nacido en Cuba, *súbdito cubano*, profesión ú oficio Inspector de Escuelas, residente en San José, que se dirige á Colón.

El presente pasaporte es válido por seis meses y ha sido otorgado mediante identificación de la persona.

Dado en Limón, á 29 de Mayo de 1897.

B. VARGAS

Aquí un sello en tinta roja, con el escudo nacional y esta leyenda: Gobernación de la Comarca de Limón.— Costa Rica.

Camino de la casa consignataria de los vapores de *La Veloce*, lei el papelito y no pude menos que lanzar una carcajada, á trueque de que cualquier transeunte

me creyese loco, al enterarme de que, según el pasaporte, yo era súbdito *cubano*. Es decir que Cuba resultaba una nación independiente gobernada por el sistema monárquico.

Me puse á pensar: En el supuesto de que Cuba llegue á ser una nación monárquica, ¿ á quién le tocará la sabrosa breva del trono? Máximo Gomez, Calixto García, Estrada Palma, Manuel Sanguily &.^a son republicanos y no aceptarán cetro ni corona.

Recordé que en Cuba, fuera del elemento oficial que envía la Metrópoli, no hay otros monárquicos que los viejos negros africanos quienes conservan aún su tradicional rey Congo, mamarracho que el 6 de Enero sacan vestido con traje de sota de bastos, para

visitar al Gobernador y al Arzobispo y pasear por las calles su grotesca soberanía, á compás de los estrepitosos sonidos de su salvaje música, importada en Cuba desde el corazón del Africa tenebrosa, en los barcos negreros que hacían el comercio de carne humana con los crueles esclavistas.

Mientras el señor Acebedo me expedía el pasaje para *el pirófono Rio Janeiro*, medité en la inutilidad de los pasaportes, tan sin razón de ser como las estúpidas cédulas personales, que convierten al hombre en una bestia doméstica, porque en ellas como en las matrículas del ganado no falta este renglón :

Señas particulares

Lástima que al pasaporte no le añadieran estos dos :

Fierro.

Número.

Al menos habría franqueza.

FIN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL DESCUBRIMIENTO de PUERTO RICO
(agotada).

EL CRIMEN DE JUANA DIAZ—(agotada.)

Próximas á publicarse:

En Madrid

EL REGIONALISMO Y LA LITERATURA.

En Costa Rica.

HORAS DE OCIO—(2.ª serie.)

En preparación.

CERAMOGRAFÍA INDO-COSTARRICENSE.

(Estudio Arqueológico.)

ÍNDICE

	<u>Pag.</u>
Carta al Editor	9
Semblanza	17
El Presidio	25
¡ Pero qué nombres !.	45
En el Museo Nacional	63
El hombre-Biblia	81
La Vela.	97
¡ Siempre lindas !	113
El pasaporte.	129
Obras del mismo autor.	139